

LA TORSIÓN DE LA DIFERENCIA HOMOSEXUAL

Alejandro Modarelli

En diálogo con **EL DESEO COMÚN**
DE TODAS LAS LIBERTADES Martín
de Grazia



**LA TORSIÓN DE LA DIFERENCIA HOMOSEXUAL Alejandro Modarelli. En diálogo con EL
DESEO COMÚN DE TODAS LAS LIBERTADES Martín de Grazia**

Producto de largas conversaciones sobre el multiculturalismo acrítico, por el que se dejó seducir buena parte del movimiento LGTBIQ+ internacional, cuyas luchas históricas quedaron así cautivas del totalitarismo neoliberal, e incluso últimamente de nuevas derechas o derechas alternativas, pensamos en la necesidad histórica de un nuevo universalismo que no sea homologable a una totalidad. De tales intercambios surgieron estos textos que dialogan entre sí y se complementan.



LA TORSIÓN DE LA DIFERENCIA HOMOSEXUAL

Alejandro Modarelli¹

La sola pregunta pareciera constituir el núcleo de un folletín político: ¿cómo pudo la homosexualidad, tras su revolucionaria emergencia emancipatoria y vertiginosa de los años setenta, terminar siendo sobada por una nueva derecha instigadora del darwinismo social? ¿Cómo pudieron ciertos gays y lesbianas, modelando su musculatura, desafiando sus dildos, exhibiendo tarjetas y mascotas sobre una pasarela blanca, repudiar el progresismo y la transversalidad de sus viejas batallas para ser convocados, ¡y algunos ceder, ay traición!, a formar parte de los discursos de líderes xenófobos? Néstor Perlongher –barrunto– ni siquiera llegó a intuir tamaño desembarco en las pulsiones individualistas más radicales cuando escribió, a inicios de los noventa y en plena pandemia del sida, *La desaparición de la homosexualidad*:

La homosexualidad se vacía de adentro hacia afuera como un forro (...) el movimiento homosexual triunfó ampliamente, y está muy bien que así haya sido, en el reconocimiento (no exento de humores intempestivos o tortuosos) del derecho a la diferencia sexual, gran bandera de la libidinosa lidia de nuestros tiempos. Reconozcámoslo y pasemos a otra cosa. Ya no solo el movimiento de las locas (no sólo político sino de ocupación de territorios: un verdadero Movimiento al Centro) empezó a vaciarse cuando las locas se fueron volviendo menos locas y tiesos los bozos, a integrarse (1996, p. 89).

Un conjunto LGBTI, admitamos que por ahora menor, navega en estos tiempos sobre la corriente llamada libertaria; ya no hacía apenas las mieles jurídicas de mercado propias de la democracia liberal (en decadencia), como imaginaba Perlongher, sino en el corazón mismo de la nueva derecha alternativa y juvenilista (nació en las pendejerías del ciberespacio y la rotularon, cuando se lo tomaron en serio, como *Alt-right*). Amalgama de antihumanismo, supremacismo y lumpencapitalismo. Un yiro troll contra natura dentro del populismo de derecha, sin Auschwitz pero con un claro paradigma de jerarquías naturales, dentro de estas las sexuales, y diversidades dóciles. Que pretende asociarnos a su programa -de Donald Trump a Marine Le Pen- como a una pingüe impureza compensatoria de las fobias del pasado: “no somos los clásicos conservadores, sino la expresión de la derrota definitiva del humanismo colectivista”. Alejando a los gays bibelot de todo conflicto social, busca incluirnos –y viralizarnos– en redes sociales y campañas políticas (“no los odiamos, sino incluso los defendemos del Islam”) como si se tratase, la nuestra, de una homosexualidad apenas de ramos generales, que se compra por unidad, como a Judas, para disputarle banderas culturales a la izquierda.

Si las diosas maricas de uniforme negro y blanco de las *Sturmabteilung* (S.A.) cayeron degolladas junto a Ernst Röhm en la Noche de los cuchillos largos, después de joder incluso con la derogación de leyes antisodomía en la Alemania de Hitler –eran un incordio para los nazis padrillos– otra cosa es esa peligrosa

¹ Escritor. Autor de *Fiestas, baños y exilios, los gays porteños en la última dictadura*, entre otros títulos.



comparsa actual de gays y lesbianas asimilados a sus viejos verdugos, con los mismos intereses que sus verdugos. Es decir, no tanto como subjetividades cautivas sino, más bien, constituidos por el opresor, lo que probaría que, en el trasfondo de excombatientes por las libertades también puede residir miméticamente un amo obsceno. Desde hace algún tiempo los vemos fulgiendo con orgullo republicano y nacionalista en los grupos de asalto de Trump o junto a halcones del Partido Popular (PP) de España, Alternativa para Alemania (AfD) o el Partido de la Libertad en Holanda, cuando no proveyendo, incluso desde Silicon Valley, una carroza de egoísmo precedida por el magnate austríaco estadounidense Peter Thiel. Un tráiler cargado de imaginario distópico que va desde el neofeudalismo *High Tech*, vía gobierno de pequeñas élites científicas, tecnológicas y económicas sobre las multitudes de vasallos/usuarios/zombies, hasta la eventual colonización de Marte (una expectativa que ya antes había introducido el mismísimo Stephen Hawking). No olviden aquel nombre germánico, Thiel, porque volveré a él.

Una vez que la crisis del capitalismo –no sabemos hasta dónde llegará el infortunio– provoca, como hoy, el decomiso de las democracias liberales y anula la ecuación necesaria Estado árbitro/mercados voraces, imprescindible para aquietar la deriva hobessiana de la humanidad, reaparecen por todas partes los íntimos fantasmas. La cadena significativa liberación-libertad se quedó desguazada y apenas sobrevive el segundo término bajo una forma monstruosa, mientras la subjetividad muta en un *en sí* engreído, olvidando algo tan básico como la certeza consciente de que toda resistencia del Yo es con Otro.

Una alfombra roja para la diversidad: hacia la sodomía neocon

Al activismo LGBTI no le había ido mal en las democracias liberales de Occidente; en estas últimas décadas se consiguió en varios países carta de ciudadanía plena, si por eso se entiende la inclusión igualitaria en la ley del matrimonio o en los emprendimientos antidiscriminatorios, por ejemplo. En el caso de las personas trans, las leyes de identidad de género avanzaron en ciertos países y se obstruyeron en otros: hace poco, en España, naufragó un proyecto reparador por oposición del feminismo radical biologicista del PSOE, que votó en contra junto a la extrema derecha de VOX. Las mujeres trans, vociferan las TERF, no conocen la experiencia de haber nacido mujeres, por tanto no puede haber transfeminismo. Vaya reafirmación de un dogma segregacionista y binario.

La salida de las catacumbas sociales allá en los setenta, y el triunfo jurídico postrero develaron, y era lógico, que la homosexualidad es apenas un punto de partida para distintas opciones políticas y clasistas, incluso de derecha, como señaló Leo Bersani en *Homos* (2002). Muchas locas y tortas bien paradas en el segmento ABC1 de la sociedad pudieron, por fin, disponerse a gozar su rosa inclusión, aunque las pobres siguieran empujando las vallas de la ciudad democrática, a ver si alguna vez les toca sortear el vidrio detrás del que miran, con la nariz pegada, pasar de largo la prosperidad. Sale a la venta –o en el caso del cuerpo mercancía se busca intercambiar en las redes sociales– toda una circulación de productos especialmente encarecidos para una población que pudo zafar de la angustia del sida, llenar cruceros exclusivos, seleccionar *wedding planners*, enorgullecerse del *coming out* con el exagerado rótulo de valientes –“soy



lo que soy pero ya sin consecuencias”– y convertirse en héroes y heroínas de culebrón. Se disipa la aventura callejera, en la que el otro era un misterio por descifrar, mientras florece la mónada de las aplicaciones de encuentros sexuales; el claustro de lo idéntico –algo así como el reinado en serie del mariclon– inversamente proporcional al remanido discurso liberalote de las diversidades. Hasta los gobiernos compraron el producto semántico, pensando que superaba la filosa diferencia o la sustraía de malentendidos.

La sola pregunta que me hago al principio de este artículo refleja un acontecimiento: algo traumático y perturbador (uso las palabras sin el profundo significado que le da Slavoj Žižek al acontecimiento), al menos para quienes alguna vez militamos con fe en la liberación homosexual, inscripta a través de sus antiguas narraciones en el deseo universal de todas las libertades. O que defendimos el filo de nuestra diferencia, que producía una incisión en el cuerpo heterosexual de la sociedad. Que no cree en la semántica armoniosa de la diversidad, que hasta los gobiernos adquieren para colocar en la cola de los nombres de algún ministerio. ¿Cómo llegamos a dialogar con Marine Le Pen?

Porque entre las lecturas de los antiguos militantes nos cruzábamos con *Elementos de la crítica homosexual*, del italiano Mario Mieli (2006): en sus postulados setentistas uno podía plantearse, por ejemplo, que “el hundimiento del sistema falocéntrico supone el hundimiento del sistema capitalista. El proletariado revolucionario y el movimiento de las mujeres revolucionarias son las dos caras del Partido comunista-comunidad humana, del que el movimiento de los homosexuales es el culo”. O “La liberación de la homosexualidad y la abolición de la represiva primacía heterosexual-genital determinarán la desinhibición completa y la liberación de la profunda naturaleza hermafrodita del deseo”.

Nada menos: el culo, cuyo sola utilización sexual comunitaria se pensó que haría temblar las leyes represivas y el núcleo patriarcal del capitalismo. Esos pensamientos que trascendían la especificidad homosexual eran los que corrían por entonces: “Hasta que todos los hombres no socialicen el culo la revolución no será completa”, solía decir Néstor Perlongher. ¿Estarán los presidentes occidentales dispuestos hoy a enterrar los petates del patriarcado en sus propios esfínteres? Mejor dicho, ¿la resistencia anal seguirá siendo resistencia contra el capital, o los dildos ultra tecnológicos ofrecen ahora, apenas, una variación de goces de colores y dolores que se compran en el último estante de las góndolas en cómodas cuotas? Me hace recordar un artículo de Guy Hocquémont en *Liberation* llamado “Roger Peyrefitte vende sus viejos consoladores”.

Las célebres máximas de Néstor Perlongher en el Frente de Liberación Homosexual argentino y en sus escritos recuerdan a veces a Mario Mieli tanto como a Deleuze y Guattari. Una hibridación que, creo, podría entenderse de su procedencia trotskista y su posterior afiliación al postestructuralismo. Por un lado, el afán de construir un nuevo tipo de universal del mismo modo que la izquierda revolucionaria lo hace con el proletariado. Por el otro, la necesaria adopción del pensamiento de desterritorialización deleuziano para liberar las homosexualidades. Pero teniendo en claro que habría alguna vez que abocarse a resistir la reterritorialización a la que nos conducirían las políticas de mercado en busca de nuevos nichos



(bichos) temáticos de consumo, como son desde hace tiempo los gays y las lesbianas de clase media y alta.

“Estoy orgulloso de ser gay, pero más de ser republicano y sobre todo estadounidense”

La “cierta existencia menor”, deshilachada, en la trama del cuerpo social que anunciaban los post identitarios para “las homosexualidades” convierte a las rosas punzantes en meros narcisos. Gays y lesbianas sin memoria servimos de instrumento modernizador en las batallas imperiales contra la izquierda y el islam. Nuestros propios verdugos nos convocan, pero para dejarnos desnutridos, fuera de un suelo común con los parias. La agrupación “Alternativa Homosexual” del partido de extrema derecha alemán AfD, por ejemplo, o aquí “La Puto Bullrich”, donde campea un megalómano como Alvaro Zicarelli (“hoy la revolución es ser de derecha”; “hoy la izquierda es el *statu quo*”; “ser homosexual en mi vida significa lo mismo que ser para vos castaña”) representan, en el cenit de la provocación, el regreso al *en sí*, un nuevo armario de construcción solipsista.

Los combates del presente de la llamada divergencia sexual –no digo ya en el centro del capitalismo sino, por ejemplo, en la mayoría de los países africanos– están cada vez más huérfanos de las viejas narrativas del reconocimiento, gracias a las que el movimiento pudo, hasta no hace tanto, afirmar su diferencia para apoyar a todas las diferencias y a todas las minorías oprimidas. Hoy se nos exige marchar en una hermosa burbuja arcoíris sin horizonte. Me da por gritar: ¡no dejemos solas a las locas del África, heridas por la colonización del integrismo cristiano y musulmán, por culpa de nuestra resaca narcisista!

Las nuevas derechas son milenaristas (en las paredes de la casa de Zicarelli, comenta un entrevistador, hay inmensas barajas del tarot y en la biblioteca libros de ocultismo), milenarismo laico en algunos países fuertemente secularizados, e integrista ahí donde la religión todavía pesa. Pensemos en un país como Estados Unidos, donde los negacionistas creen –y son millones– que Dios los protegerá del coronavirus mejor que las vacunas. Sus pastores neoevangélicos navegan hacia las naciones subsaharianas con la misión de doblegar cualquier oposición cultural al Amo extractivista, en nombre de los significantes Jesús y Prosperidad. Consiguieron, lógicamente, aliados *in situ*, del mismo modo que hace dos siglos en América Latina, cuya segunda batalla por la independencia –con avances y retrocesos– se reanudó a fines de los años cincuenta en el Caribe.

La *Alt-right*: un movimiento heterogéneo que crece en la interfaz, inquebrantable desbande viral de telepastores protestantes, católicos preconciliares y Escuela de Chicago; negacionistas y Escuela Austríaca. Ella postula, ahí donde se difunde, la maldad intrínseca de la homosexualidad conceptual y el activismo LGTBI, pero da la bienvenida a la marica individual (el integrista cordobés Agustín Laje posa junto a un chico gay que porta el cartel con la leyenda “soy homosexual pero no de izquierda”), en nombre de la literalidad de la Biblia para consumo del fanático y del egoísta. Del mismo modo que Pinochet se ufanaba de que Hegemonía y Contrahegemonía estuviera sobre su escritorio, la lectura invertida de Gramsci vela las armas de la batalla cultural que emprendió el neoliberalismo psicótico en el mundo para imponer de una vez y para siempre su propio becerro de oro; un nuevo y definitivo orden jerárquico: “soy



homosexual pero no de izquierda”; “soy homosexual pero abomino de la ideología del género”. Vaya vida parasitaria del Amo en los vasallos.

En Europa, por ejemplo mediante la agrupación franquista Vox o las políticas del premier húngaro Viktor Orbán, se expande la violencia simbólica, sin tanta alharaca contra *el individuo homosexual* pero sí, en cambio, contra los colectivos LGTBI de izquierdas. Isabel Díaz Ayuso, del PP, presidenta de la Comunidad de Madrid, se pasea por el barrio de Chueca pidiendo el voto y la aplauden. “Madrid es la envidia de Europa por su diversidad”, proclama, y aunque se haya fracasado en la promulgación del proyecto de Ley Trans, celebra la pedagogía del buen gusto gay que bien puede prescindir de la Marcha del Orgullo pero no de su mercadotecnia: “la Marcha se ha puesto muy politizada y tengo amigos gays que ya no les interesa ir”. Se felicita por el *savoir faire* mental y genital de sus madrileños (el sexo debe ser imaginativo cuando no obligatorio), pero bajo la condición de que ese auge de lo diverso no se monte en lo que llaman la “ideología del género”. Que en esto prefiere el adoctrinamiento vaticano, “con los niños no”, y la libertad de poder educar discriminándonos, tanto como de contagiarse y contagiar el coronavirus. O sea, la particularidad lgtbi puede ser bella en la medida en que abandone todo común desestabilizador, así como al trabajador se le exige afiliarse a la teoría del mérito individual y volverse contra su propio sindicato.

La actual derecha alternativa global apenas si hereda los refinados rastros de la Nueva Derecha europea de los años setenta; la revista francesa *Nouvelle École* era su congreso cultural y Alain de Benoist su teórico más entusiasta. El pensador francés, exactivista homosexual y divorciado del Partido Comunista, Guy Hocquenghem (2021), analizaba su complejidad en los artículos que escribió para el diario *Liberation*. En *Contra, todo en contra de la Nueva Derecha 1: El imposible universal y 2: De la etología a la ecología* (Diario de un sueño, publicado recientemente por El cuenco de plata) concluye:

Un enciclopedismo del siglo XX. La Nueva Derecha es todo lo contrario. Audacia, siempre audacia. Y a partir de tres ejes: la biología y la etología contemporáneas, una estética nietzscheana y una cultura sólida respecto a la lógica...Rechazo al universalismo: la Nueva Derecha es la única que recibe las consecuencias totales de la muerte del etnocentrismo. Proclama la irreductibilidad absoluta de todas las culturas entre sí, y no solo de las culturas, de los conjuntos percepción-mundo que cada cultura percibe: ‘*El universo táctil o sonoro de un norteamericano no es el de un árabe*’...el objetivo es antes que nada borrar estas diferencias irreductibles, leer el mundo en su totalidad en una misma cuadrícula. Rechazo de la metafísica, prioridad absoluta a las diferencias experimentales y a su verificación por medio de protocolos lógicos ‘formales’. Es decir, no susceptibles de ser por sí mismo pseudo fuentes de ‘verdad’: esta es la nueva filosofía de la derecha.

Hocquenghem advierte que existe en el arraigo de Alain de Benoist a la Escuela de Viena y los descubrimientos biológicos, o en el antihumanismo de Nietzsche y la del “derecho a la diferencia” un tramposo regreso a la diferencia jerárquica: un norteamericano comprende por su tradición positivista



aquello que un árabe o africano no. La diferencia, pues, se vuelve anémica, por falta de verdadero mestizaje

El mestizaje es algo muy distinto al aplanamiento de las diferencias... Tal como el niño juega entre las piernas de los adultos, necesito a los árabes, no para volverlos mis semejantes, sino para ‘tocar’ su diferencia. Cuando la Nueva derecha pasa a ser segregacionista, caen las máscaras. Tocar la “diferencia” del árabe, una ruptura con la mala conciencia del progresismo de izquierda, que no podría observar sino con repugnancia a un Jean Genet vuelto ferviente pro-palestino, por el solo hecho de que había llegado a sus convicciones por vía de la alcoba y por fuera de la ley: “Si no hubiera tenido amantes árabes esa lucha quizá me resultaría hoy más o menos indiferente”. Indigerible para la corrección política semejante confesión de parte de un escritor maldito que creyó necesario una ascesis profundamente antiburguesa y anticomunitaria para acceder a nuevas formas de sociabilidad (Bersani, 2002).

En una crónica de 2011, que llamé *Dios hizo al ano delicado*, una loca en las puertas de la madurez, gorda y expulsada del modelo gay triunfante en Occidente, comparte en secreto, sobre el Nilo, la mínima cabina de la faluca donde coge con el grumete nubio, Ahmed, mientras el resto de los viajeros duermen sobre la cubierta. Al despertar, es testigo de que estos están siendo robados por el capitán, aprovechando la noche: “Me acordé de los merdosos franceses que nunca recompensaron ni con mínimas pensiones a los soldados árabes magrebíes de sus colonias, liberadores de Alsacia en la segunda guerra mundial” (Modarelli, *Rosa prepucio*, Mansalva, 2011)

Ladrón y viajero se reúnen de inmediato

Así, compartimos con el capitán ese momento, sin hablarnos pero entendiéndonos, y volvimos enseguida a la cabina, donde Ahmed ya estaba despierto. Nos vio batiendo unos billetes de cien, y abrió los ojos asustado; era tan inocente el pibe. Pero yo le puse la mitad de los dólares en la mano y se la apreté entre las mías.

El viajero maricón había sentido difuminada su especificidad occidental, del mismo modo que antes, bajo los puentes de su ciudad se cruzaba con un desposeído y se percibía cómplice a través de la lengua sexual aprendida en la aventura callejera. Como ha pasado con tantos, una súbita empatía congrega a los opuestos en sucesivas conversaciones y conversiones, sabiéndose, los dos, exiliados de las normas represivas. Esa empatía puede devenir, como en el comunista libertario Daniel Guérin, alianza crítica, sexual y política. O no. Porque aquel encuentro acaso signifique que un amante de paso será, al final de la noche, ese monstruo que hundirá a la loca en el estanque. Ese será el riesgo inherente al goce, cuando el deseo no se encarna en una copia de mariclones, en la serie agotadora de los asimilados, en el individualismo carente de singularidad: “toca” la diferencia, como escribió Hocquenghem (2021).

En la *Alt-right*, en cambio, se acentúa esa negación de la verdadera diferencia que adopta una alianza transversal con todas las diferencias oprimidas, y la homosexualidad blanca –ya asimilada– será bienvenida como particularismo acrítico, diferencia plana, sin el legado de sus propias narraciones históricas. Veremos desplegarse en la twitósfera intervenciones políticas de los personajes más



pintorescos y multimillonarios de las nuevas tecnologías de Silicon Valley, o en el portal *Breitbart News*, propiedad de Steve Bannon (el famoso mago del Big Data y las *fake news* puestos al servicio de líderes neofascistas). Locas como Milo Yiannopoulos y, sobre todo, y en nivel superlativo, el magnate Peter Thiel, a quien ya nombré.

Milo, especie de performista guapetón del neofascismo norteamericano, primero desde las redes sociales y después en eventos públicos y hasta universitarios, acabó por convertirse en editor de *Breitbart News* y el vocero más exitoso contra los “*liberals*”, es decir los progres de izquierda. He aquí una serie de argumentos y máximas que encendían la twitósfera y provocaban protestas en Berkeley cuando se le ocurría usar esa universidad de tribuna: “Donald Trump es obviamente el candidato más favorable a los gays que ha habido en la historia electoral norteamericana”. Sería quien mejor representaría el dique contra la violencia islámica; “los progres ya nos dieron las leyes inclusivas”, ahora la *Alt-right* las preservaría del peligro musulmán. “La cultura occidental es lo que mantiene a los gays y a las mujeres a salvo”. “Los transexuales son gente mentalmente enferma. No me disculparé por proteger a mujeres y niños de las acciones de hombres confusos sobre su identidad sexual”.

Si esto último ofende es no solo porque denigra a una identidad no binaria sino a todo el *corpus teórico* que colaboró con el fin de su encarcelamiento en los manuales psiquiátricos, las dependencias policiales y el desierto social. Esas teorías identitarias sobre lo subalterno serían el núcleo de la meneada “ideología de género” contra la cual gruñen homosexuales como Milo, por considerar que ahí, justamente, radican los nuevos esfuerzos del marxismo derrotado con la Caída del Muro por hegemonizar los cambios civilizatorios en Occidente. Después de perder sumas millonarias por ironizar sobre la pedofilia, y ser por eso expulsado de *Breitbart News*, Milo reapareció hace poco con otro de sus *happenings* mediáticos: “advertí que, en realidad, nunca fui un auténtico homosexual sino que fue una manera de provocar a mi madre”. En fin, al menos aseguró que seguía manteniendo a su expareja, al que ahora llama amigo.

Mucho más trascendente y estimulante es el caso de Peter Thiel. Sin las estridencias estelares de Milo aunque dentro, también, del círculo áureo de Donald Trump, que lo admira (fue su asesor hasta que se percató que la reelección estaba perdida). El magnate de las *Tech* se vio obligado a salir del armario del que ya, en realidad, lo había arrancado un editor a quien terminó destruyendo. Thiel es un antiguo egresado de la Universidad de Stanford, donde conoció al antropólogo francés René Girard, a quien considera su maestro. Su fascinación por las consecuencias más prácticas de la teoría mimética de Girard (se desea el objeto siempre desde el otro, y porque ese otro lo desea) lo condujo, primero, a comprender mejor que nadie la fauna internética, los *likes* y algoritmos, el Big Data, y –una vez puesto ese capital intelectual como guía intuitiva de sus inversiones en Silicon Valley creó muy joven PayPal, hizo crecer Spotify y se asoció a Zuckerberg– enfiló hacia el lumpencapitalismo: un sueño de desaparición del Estado regulador en beneficio de la casta de los señores del *High Tech*; un neofeudalismo de maleantes económicos mutados en Caballeros, que debería prescindir de la democracia “porque ha llegado el momento de preguntarse si la (mi) libertad es compatible con la democracia”. Soñó con urbanizaciones insulares sobre plataformas marítimas libres de impuestos, por estar plantadas en aguas internacionales



(aunque ya en los setenta lo había intentado el llamado “príncipe de la anarquía”, un pillo italiano, con relativa suerte), y la colonización del espacio exterior porque el planeta se volvería inhabitable (supongo que a causa, precisamente, de las consecuencias destructivas del deseo mimético girardiano). Se entiende por qué el amor incondicional que le profesó Trump: el machirulo y el homosexual encantados el uno con el otro, pensando en el presente donde ya reside el futuro del capitalismo.

Forzada por el periodismo la cerradura de su orientación sexual, debió explicar esa amalgama de ultraderecha reaccionaria y libre sodomía minimizando el daño colateral

Estamos en una carrera mortal entre el gobierno (que oprime) y la tecnología (que libera). El destino de nuestro mundo puede depender de los esfuerzos de una sola persona que construya la maquinaria que haga el mundo más seguro para el capitalismo.

El gobierno nefando en su concepción obstruye la libertad que concibe como despliegue tecno-vitalista del Yo sin Ley. Imagínense si para este programa de dominio puede resultar interesante la cuestión LGTBI y las batallas legales en torno a la vida cotidiana de las personas trans: “Cuando yo era un niño, el gran debate era sobre cómo derrotar a la Unión Soviética. Ahora, nos dicen que es quién usa según qué retretes”.

Sin lugar a dudas Peter Thiel había atravesado en su trayectoria existencial tres regímenes homosexuales. El homosexual avergonzado de su diferencia que debía esconderse con su pareja para no convertirse en magnate humillado; el gay asimilado que, obligado a darse a conocer, proclama: “Estoy orgulloso de ser gay, pero más de ser republicano y sobre todo estadounidense”. Y, por último el que, más allá del homosexual sufriente y el gay *copy paste*, se aparta de la serie para reclamarse singular, pero, en su caso, monstruosamente singular, tenazmente prometeico.

Diferencia crítica, singular y universal

Pero entonces, cuando nos preguntamos sobre qué huellas de la diferencia incisiva sobreviven en los nuevos modos actuales de vida de los gays y lesbianas de clase media y alta, ¿deberíamos renegar de las recientes leyes civiles que nos contienen y se van promulgando en los países progresistas de Occidente, como el matrimonio igualitario o el reconocimiento de parejas del mismo sexo? Guy Hocquenghem, en 1980 en *Diario de un sueño* pregonaba contra “la total dictadura del ‘ser de a dos’, incluso bajo la forma de la pareja abierta, “que puede hasta coquetear de a dos”. He ahí que él advierte un reflujo del familiarismo comprimido en el concepto reivindicado de “pareja actual”, un “egoísmo enajenado”, única posibilidad de acceso al mundo; “entropía generalizada, la caída en el abismo de las retracciones del espacio amoroso. Un hormiguero compuesto por dobles que caminan paralelo”.

Tengo para mí que la denuncia de Hocquenghem preveía la muerte de estilos de vida diferentes al heterosexual que, de haber persistido en su creatividad inquietante, acaso hubieran conducido a una nueva subjetividad y a una nueva sociabilidad. Modelos plausibles de disputar la hegemonía al sujeto universal bendecido por la tradición. La misma insistencia en cruces afectivos binarios reservados al altar de la polis, un programa existencial sin la busca de una estética y una ética singulares.



Pero, si bien celebro que se señale la intrascendencia de los *wedding planners* y los paquetes turísticos especialmente diseñados para el consumismo arcoíris, donde hasta las infidelidades están pactadas y carecen, por tanto, de drama, aquel lugar fuera de la ley y de las leyes que prefería Hocquenghem es un asunto por el que habría, también, que preguntarse. Es más, décadas más tarde Didier Eribon postula que ese sitio en extramuros constituye, precisamente, el preferido de los conservadores para vidas asediadas como las nuestras, una derecha que nos soba en nombre de las diversidades mientras nos niega sus mismos derechos. Se objeta el derecho al matrimonio, escribe Eribon en *Principios de un pensamiento crítico* (*El cuenco de plata*, 2019), porque de gays y lesbianas “se esperaba que siguieran siendo subversivos, ya que era ese su lugar, su función, su papel”. Y agrega que, por el contrario, la reivindicación de derechos “acarrea la subversión de todo un edificio fundado en la manera como la norma heterosexual rige el derecho, y por lo tanto, las subjetividades”

Disputa, pues, entre la diferencia exógena (un más allá del espacio moral y jurídico) y la diferencia endógena (las llaves de la ciudad liberal); esta última, penosamente, garante de los particularismos que dieron lugar a las políticas identitarias en oferta sobre la góndola de las nuevas subjetividades, donde se las eligen entre los productos, se consumen y se (nos) fagocitan. El edificio subvertido del que habla Eribon, sin lugar a dudas, ha hecho más habitable la vida particular de las personas LGTBI históricamente inferiorizadas, salvo, y esto es fundamental, la de aquellas que pertenecen, junto con su especificidad sexual, a lo excrementicio del neoliberalismo: las vidas residuales que continúan su marcha cartonera en democracias cada vez menos compatibles con la libertad neodarwineana, esa con la que sueña Thiel.

La pregunta que los militantes de la diferencia crítica (esa que denuesta Juan José Sebreli cuando arguye que nuestra pelea no se debe dar desde “una supuesta Otredad” sino en función, solamente, de la igualdad jurídica) debería ser formulada a nuestros pares del siguiente modo: ¿Qué podría tener de deseable continuar reclamando por nuestra diferencia como Otredad, cuando el proceso asimilacionista ha mejorado la perspectiva de incontables vidas LGTBI, aunque dejado afuera a otras tantas? ¿Qué queda, si no de revolucionario sí de revulsivo, al cabo de este trayecto de conquistas jurídicas, mediáticas, y de alegrías performativas como las del Orgullo o la infalible *selfie* familiar igualitarista, hijos incluidos? ¿Valió la pena? ¿Con este montaje cultural quedó saldado a precio vil ese resto inasimilable que tuvo siempre la homosexualidad?

Compleja es la pregunta, y mucho más comprender de qué manera se instrumentalizaron las identidades sexuales bajo el neoliberalismo, de modo tal que, justamente, nos hayamos despegado (¿transitoriamente?) del sentimiento de opresión y exclusión; es decir dejamos el lugar de la singularidad para sumarnos a un totalitarismo global y regresado al *en sí* donde, cada vez más, la ultraderecha nos pesca desnudos y sin consciencia. He ahí el húngaro Viktor Orbán, o los líderes de Vox en España, declamando tolerancia para las “otras opciones sexuales” (inferiores) pero reclamando el recorte de nuestros derechos sociales y, en el caso de Orbán, obligando a los medios de comunicación a invisibilizarnos por “el bien de los niños”.



El fin del sufrimiento homosexual en Occidente –ya no estamos sujetos a redadas policiales y existen, al menos, mínimas garantías jurídicas– nos pide ahora, ahí donde crece la derecha alternativa, un poco más de vuelta al armario. Individualismo tacaño al servicio de la creciente ola de neoliberalismo milenarista, donde no se están jugando baños, militancias, leyes y lenguaje inclusivos –un incordio para los socios neopentecostales o fascistas– sino el devenir mismo del capitalismo salvaje en un mundo inhabitable para inmensas mayorías.

Me atrevo a soñar con un activismo LGBTI que desande el exitoso camino de las agendas particularistas, no para perder lo ganado, sino para plantear, abrazado al viejo estigma de lo excrementicio –eso que se expulsa o se extermina del cuerpo social– una singularidad productiva fuera de la clausura identitaria sometida a las reglas de mercado. Abierto a las luchas emancipatorias, digo, para construir un nuevo suelo común con los desposeídos, aquellos que quedaron fuera de la serie y, como en otro siglo el proletariado, reclame desde su singularidad irreductible el lugar de un nuevo universal.

Bibliografía

- Bernasi, L. (2002). *Homos*. Manantial.
- Eribon, D. (2019). *Principios de un pensamiento crítico*. El cuenco de plata.
- Hocquenghem, G. (2021). *Diario de un sueño*. El cuenco de plata.
- Mieli, M. (2006). *Elementos de la crítica homosexual*. Anagrama.
- Modarelli, A (2011). *Rosa prepuccio*. Mansalva.
- Perlongher, N. (1996). La desaparición de la homosexualidad. *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992*. Colihue. Pp. 85-90.



EL DESEO COMÚN DE TODAS LAS LIBERTADES

Martín de Grazia²

Si hay una pregunta nodal que deberíamos intentar responder desde el pensamiento y el activismo antiheteronormativo es cómo encaminar nuestras luchas para que no sean mansamente vaciadas en los procesos equivalenciales del capital a través de la administración imperial de lo identitario: la proliferación de posiciones de sujeto y la desterritorialización en diferentes identidades minoritarias que reclaman visibilidad y carta de ciudadanía ya no puede ser nuestra única baza, como lo supieron ser durante los años dorados de la militancia LGBT por los derechos civiles. Responder a esta pregunta supone reconocer que Alain Badiou no se equivocaba cuando afirmaba que

El capital exige una creación permanente de identidades subjetivas y territoriales a fin de que su principio de movimiento homogenice su espacio de acción; unas identidades que, por añadidura, nunca demandan otra cosa que el derecho a ser expuestas, de la misma manera que el resto, a las prerrogativas uniformes del mercado. La lógica capitalista del equivalente general y la lógica identitaria y cultural de las comunidades y minorías forman un todo articulado.

A esto habrá que sumarle la avanzada de una internacional neoconservadora –sucesora natural de la vieja internacional neoliberal fundada por la Mont Pelerin Society– que, a diferencia de su antecesora, ya no presupone la existencia o necesidad de un vínculo de retroalimentación entre capitalismo y democracia liberal (básicamente porque, frente a la descomposición definitiva de la representación política y la conflictividad social en aumento, las añejas estructuras republicanas no alcanzan para gestionar esta nueva etapa del capitalismo). Y no es un detalle menor que este movimiento que busca forjar un nuevo comunitarismo fundamentalista –anclando las nuevas políticas públicas en viejas normas culturales y religiosas– se nutra de cuanta jerga identitaria le conviene y la traduzca constantemente al lenguaje particularista de las políticas afirmativas, conjugadas esta vez en clave reaccionaria (recordemos que Bolsonaro dio el paso definitivo al reivindicarse a sí mismo como “un homófobo orgulloso”).

Así las cosas, el activismo LGBTI, queer, de disidencias sexogenéricas –o como se lo quiera denominar– deberá enfrentarse al hecho de que no podrá permanecer ajeno a los grandes procesos políticos de transformación colectiva. Ya no hay neutralidad política posible ni existe una agenda LGBTI autónoma (por más iniciales que le sumemos a esa sigla) en un mundo en que poblaciones completas son arrojadas a condiciones de existencia que las transforman en muertos vivientes. Y menos aún puede existir agenda propia cuando las instituciones de Bretton Woods –como el FMI y el Banco Mundial– y Naciones Unidas tienen sus lujosos departamentos de diversidad sexual con políticas estratégicas de financiamiento, que no son sino instrumentos de segregación biopolítica. Ni siquiera el discurso de la inclusión social puede

² Universidad de Buenos Aires.



estar a salvo de estas maniobras de contención económica estratificada a la medida de los tiempos aciagos que corren.

Ha llegado la hora de la creación colectiva de universales. No sobre la base de una humanidad compartida: el universal no puede ser un contenido neutral distribuido equitativamente; ha de llevar la marca de una profunda división, la que separa políticamente a quienes se reconocen en un llamado común a oponerse al presente estado de cosas. No por nada la consigna "En el origen de nuestra lucha está el deseo de todas las libertades" (creada por Alejandro Modarelli en 1991) ha empezado a cobrar un estatuto de acontecimiento-verdad; como si recién ahora pudiéramos enfocar la vista y empezáramos torpemente a deletrearla; como si un desprendimiento de ese pasado plural y heterogéneo se nos revelara oportunamente en su capacidad de nombrar el lugar vacío de una futura subjetividad con la que dar lucha a un enemigo común. Antiguo fragmento de clarividencia, nuestra consigna es a la vez nuestro legado para la configuración de una nueva universalidad. No hacerlo sería entregarse a los poderes que buscan establecer las condiciones de aceptabilidad del exterminio.

